

\*\*\*\*\*

EL  
DESPISTE DE  
DIOS

\*\*\*\*\*



**TROPO EDITORES**

Tropo Editores S. L.  
Calatrava 79-81, 3.º 1.ª 08017 Barcelona, España  
www.tropoeditores.com  
info@tropoeditores.com

© Diego Neria Lejárraga 2016  
© de la presente edición: Tropo Editores 2016  
ISBN: 978-84-96911-95-6  
Código IBIC: FA  
Depósito legal: B-6376-2016  
Impreso en España - Printed in Spain

Corrección: Irene Achón Lezaun  
Diseño y maqueta: Óscar Sanmartín Vargas  
Ilustración de cubierta: Óscar Sanmartín Vargas

Edición especial de cinco ejemplares, marzo de 2016  
Impreso en Icomgraph  
Minería s/n Pol. Ind. La Magantina  
22006 Huesca  
Tel. 974 24 37 82

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la  
autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

\*\*\*\*\*

# EL DESPISTE DE DIOS

Diego Neria Lejárraga



TROPO EDITORES

\*\*\*\*\*

*Ya no importa el «despiste» porque supiste enmendarlo y devolverme  
el trocito de vida que aún me faltaba.*

*Estoy reconciliado con el mundo y con mi fe.*

*Gracias, papa Francisco. Gracias eternas, amigo Bergoglio.*

\*\*\*\*\*

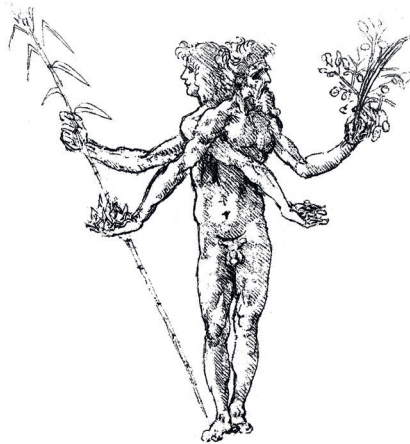
PRIMERA PARTE  
EL VUELO



\*\*\*\*\*

# Capítulo 1

## Un cromosoma equivocado







\*\*\*\*\*

*¿Quién seré, quién soy, quién he sido?*

JORGE GUILLÉN

*En la vida, lo importante es la libertad individual.*

JOSEP PLA

Al subir al avión, hago inventario de mi vida. Me llamo Diego Neria Lejárraga y dicen que nací mujer, que luché durante años por conseguir el respeto de los demás, y que un buen día decidí enviar una carta al papa Francisco y este me invitó a conocerlo: sin lunáticos, la luna sólo sería un satélite más.

Miro por la ventanilla del vuelo 6745 que me llevará de Sevilla a Roma. Estoy nervioso, me aterra volar. Cierro los ojos y pienso en ellos. Por mucho que les atormente, tenemos derecho a ser otro. Y me refiero a todos los que me apuñalaron con frases como «Mataste a tu madre a disgustos», «Pero ¿quién te va a querer? ¡Si no eres ni un hombre ni una mujer!», «Ese DNI lo has falsificado, a mí no me engañas» o «Tú eres la hija del Diablo»; frases que pronunciaron personas con nombres y

\*\*\*\*\*

apellidos, a las que veo diariamente y con las que comparto aceras y cafeterías.

Con los ojos aún cerrados la siento. La mano de Macarena es mi amuleto, mi seguridad; su presencia hace crecer mi nivel de felicidad en sangre. Ella siempre está allí cuando me falta el aire y los recuerdos se amotinan.

Dicen que no hay miel sin hiel, y por eso intentan manchar nuestro amor con dudas y rumores. Sólo son carne bautizada, no hay nada más sórdido que tu felicidad en boca de los demás.

Mi cruz es la memoria. Ahora, desde la perspectiva de los años, sé que he vivido en una jaula de oro, como esos albaneses que tienen que pagar una deuda de sangre con el encierro en vida, en su propia casa, sin poder abandonarla nunca, porque serían ajusticiados. Y me acuerdo de mamá. Esbelta, elegante, preciosa; con sus brazos en jarra, unas veces poniéndome en mi sitio, otras intentando protegerme del mundo. Mamá, nunca tuviste dos hijas. Ese bebé de 4,453 kilos que se parecía tanto a papá nació en un contenedor equivocado. Pensabas en rosa pálido y yo sólo quería trepar a los árboles y jugar con mis Geyper Man y mis Madelman. Encontré la amistad en el ronroneo de los gatos, en la respiración de los caballos, en los lametones de los perros. El mundo animal no me juzgaba

\*\*\*\*\*

por lo que era, sino por lo que le hacía sentir. Mamá, no eran rarezas, arrebatos, malas rachas, extravagancias que el tiempo corregiría. Me sentía niño y después hombre, me gustaban las niñas y después me gustaron las mujeres. Quería vivir, vivir de dentro a fuera. Recuerdo con desesperación la paleta de colores de esos años sombríos. Si me talaran como un árbol, encontrarían cuarenta anillos de sufrimiento, uno por cada año que pospuse la operación, la reasignación, mi vida.

Mamá, vestías y mimabas a otro que no era yo. Un extraño que malvivía en un cuerpo ajeno. Un cromosoma equivocado. Un «despiste» de Dios.

Mientras esperábamos para embarcar, leí en un periódico atrasado que una de cada tres personas cambiaría un año de su vida por un cuerpo ideal. Yo le aseguré a mi primera endocrina que por empezar la hormonación yo estaría dispuesto a perder diez años. Que me cambiaría por un leproso, por un inválido, por cualquiera. Pero la diabetes y los riesgos que conllevaba le daban más miedo que a mí y no se atrevió a dar el paso, así que tuve que esperar un largo tiempo.

El piloto nos saluda con la voz traqueal de un afilador de cuchillos y anuncia la duración y condiciones meteorológicas del vuelo. Apenas puedo escucharlo, sólo quiero

\*\*\*\*\*

bajar de aquí. Abro los ojos. Una treintañera se retoca el maquillaje en un espejo de mano. Al estirar la manga del traje negro, deja entrever una gran cicatriz en la muñeca izquierda. Yo no he conocido un espejo: o los he descolgado o los he roto de rabia. El espejo me recuerda el ceremonial diario de las diez vueltas de esparadrapo para ocultar los pechos, el dolor, la llaga, la vergüenza. El vivir disimulando. Y eso que, en mis momentos de lucidez, siempre supe que algún día abandonaría este mundo siendo un hombre. Porque siempre he sido un hombre. Porque sin respeto —y el respeto empieza en uno mismo—, no eres nada. Pienso en las cosas que pudieron pasarle a esa chica y le hicieron hincar las rodillas y desear que todo acabase: el mal amor, una situación delicada, el vértigo de vivir. Instintivamente, me palpo la cicatriz: los seiscientos puntos de mi mastectomía viajan siempre conmigo. La chica me descubre mirándola, así que le sonrío con timidez y regreso a la ventanilla. ¿Cuándo puse la primera piedra del edificio que soy ahora? En vano, en mi más tierna niñez, esperé durante años a que los Reyes Magos me trajeran una colita. Ni una sola mañana del 6 de enero dejé de decirle a mamá: «Vaya, otra vez se les ha olvidado». Supongo que nunca les dejé suficiente comida y agua a los camellos, y por eso sufrí su indiferencia. O quizá me sacaron demasiado pronto de la incubadora, quién sabe.

\*\*\*\*\*

Antes de despegar, una azafata revisa que los compartimentos del equipaje están bien cerrados. Nos piden que nos abrochemos los cinturones, empiezo a sentir el vértigo físico y espiritual. ¿Qué me incitó a escribir una carta a ese hombre sencillo y bonachón, argentino de principios, que está cambiando las cosas? ¿A ese hincha del San Lorenzo de Almagro que no se obsesiona con el sexo y sí con la pobreza y la desigualdad? ¿A ese tal Jorge Mario Bergoglio que ha abierto las ventanas de una institución milenaria para que entre el aire y la luz? No lo sé, pero a mí me enseñaron desde pequeño que la luz es Dios.

Despegamos, las pulsaciones se disparan. Siento la angustia en forma de presión en la cabeza, palpitaciones y sudor frío. Un pasajero se despierta repentinamente, acosado por una pesadilla. Quizá imaginó que el avión caía, las máscaras de oxígeno bailando como peonzas, la sonrisa desencajada de las azafatas, la voz del piloto pidiendo calma mientras se santiguaba. Mi pesadilla recurrente es que vuelvo a tener pecho; me asomo a un espejo y allí está de nuevo: maldito, pesado y burlón, pidiendo el abrigo de las vendas, y de nuevo empiezo a morir. Siempre supe que veía el mundo desde una atalaya equivocada, desde un corazón y un cerebro que no pertenecían al cuerpo donde, por error, los insertaron. Yo, que no he sido nunca el

\*\*\*\*\*

primero en nada, seré el primer transexual de la historia recibido por un papa. Muy a nuestro pesar, la noticia se ha filtrado en los medios de comunicación y no han dejado de intentar entrevistarme de todo el planeta, saltándose mi derecho a salvaguardar lo que soy y lo que he sido. He llegado hasta aquí trastabillando, abollado y orgulloso, pero ahora, en este avión, tengo miedo; Macarena parece detectarlo y me acaricia con dulzura, invitándome a saborear el momento. Aun estando más asustada que yo, el influjo de Macarena tiene efectos balsámicos, es capaz de tranquilizarme en medio de un bombardeo. Le doy un beso en los labios. Ojalá pudiera prolongar este viaje durante años.

Quizá la felicidad sea esto: un eterno vuelo a Roma con Macarena a mi lado.